

rezca una belleza esbelta... ¡Cuán pronto habréis olvidado que no hay palacios, ni estatuas, ni monasterios, ni rosales! Porque el más bello de los monumentos es el cuerpo femenino, y la más bella de las estatuas la estatua viva, y la más bella de las flores, la mujer.

Así Estrasburgo con sus doscientas mil almas escasas, parece mucho más poblado que Hamburgo con su millón de habitantes; y sus cuatro ó cinco monumentos hacen palidecer todos los esplendores de Munich. Su tesoro son sus mujeres, sus airo-sas alsacianas de ojos negros, que saben formar, para sus pálidos rostros, el más encantador marco con los *bandeaux* virginales de su peinado y que dan á la ciudad perdida, á la ciudad lejana, un aspecto de barrio parisiense.

VI

BAILADORAS ORIENTALES



Bailadoras orientales.

Entre persas y abisinios, yendo de la calle de Argel á la de Túnez y de la hacienda boer á los patios sudaneses, tomando aquí *raki* y allá *sake*, viendo bañarse en el lodo á los malgaches, y oyendo la gaita extraña que suena entre los tapices de un bazar de Mequinez, me empapo de exotismo. Son las seis de la tarde. En las barracas orientales el baile principia.

Y poco á poco, á medida que la luz disminuye, el opio sutil de las evocaciones confusas me alucina hasta hacerme creer que en realidad estoy lejos de París y de Europa, en una ciudad de casas blancas, de habitantes negros, en una Babilonia, mitad árabe y mitad africana. Los gritos que se escapan por las ventanillas de los cafés, los tamboriles que suenan lejos, marcando el ritmo monótono de la danza del vientre, y el choque de las joyas de

bronce que adornan los tobillos de las Fatmas, me hacen pensar en orgías bárbaras.

¡Ja-la-la la ia la lá! Me llaman. ¿Por qué no entrar á aplaudirlas?

Judías de Constantinopla, árabes de Tánger ó simples criolias de Orán, las bailadoras orientales tienen siempre en el fondo de sus seres serpentinos una chispa del divino fuego que incendió veinte siglos ha, el vientre de Salomé. Todas son esbeltas, y, si no todas son bellas, al menos ninguna carece de cierta gracia sensual hecha de sonrisas siniestras, de temblores de fiera joven y de húmedas languideces de mirada.

Bailan, una tras otra, al son de címbalos y de gaitas, entre el estrépito ensordecedor de collares salvajes y de gritos de jaleadores negros; bailan, y se retuercen, y se estremecen con titilaciones de vértigo, y sacuden sus senos pesados, todo sin cambiar de sitio, sin alejarse del público, contemplando sus propios vientres desnudos, hasta que la agonía del espasmo final las obliga á doblar las rodillas para caer, convulsivas, con las pupilas perdidas bajo el párpado superior.

Una de ellas, la más joven, termina ahora. El ruido se atenúa. Ya va á caer. Ya no nos mira. ¡Oh! los ojos, los inmensos ojos blancos entre los círculos morados de las órbitas, los ojos sin vida y sin forma, vacilantes y casi líquidos. ¡Y la dentadura de granos apretados en el centro de esa flor de sangre que se coagula! ¡Y el perfume acre insinuante y enloqueciente, que sube, con violencia de grito, de los

sobacos frondosos, del pecho moreno, del sexo mismo; que sube en espirales diabólicas y que se dilata en ondas de lujuria para hacer palpar muchas sienas. Las artistas europeas siquiera bailan en tabladillos lejanos. Pero éstas están aquí mismo, á nuestros pies. Hijas de esclavos, tienen almas humildes, sentidos pasivos, cerebros vacíos. Lo único que saben es que deben encender, como Salomé, en los huesos del macho, la médula, y lo hacen conscientemente con una fe maravillosa.

*

**

¿Quién no las ha visto? En todas las ferias, en todos los cafés de puertos cosmopolitas, aun en la más humilde fiesta de provincia, trabajan sobre una alfombra vieja á las órdenes de una Celestina del desierto, cuyo rostro es más feroz que el de los leones, compatriotas suyos, que rugen en la barraca de al lado. En general, se llaman Fatmas, y dicen, por medio de un intérprete negro, que nacieron en el jardín de un kalifa ó en el serrallo de un visir. También dicen que son vírgenes.

Pero cortesanas ó vírgenes, plebeyas ó nobles, judías de Constantinopla, árabes de Tánger ó simples criollas de Orán, son siempre divinamente excitantes gracias á lo que de Salomé heredaron.

*

**

Aquí en la Feria Universal, entre el Campo de Marte y el Trocadero, en la lla-

nura poblada de blancos minaretes, de misteriosos *casbakas* y de harenes herméticos, en la sección del ensueño, en el barrio de las mil y una noches, aquí, en una atmósfera espesa de emanaciones de humanidad africana, sólo figura la aristocracia de la especie.

Pero la raza es fecunda.

En todas las esquinas y bajo todos los portales, descúbrese rostros de fiebre y se oye reclamos sigilosos.

Esperad que anochezca por completo. La sombra es minuto por minuto más densa.

*
**

¡Las nueve!... Allá en el fondo, entre las esteras amarillas del café de Túnez, el hombre de bronce sigue tocando su gaita estridente. Y más allá, á la entrada de la calle de Argel, bajo un pórtico carcomido, una chiquilla de diez años, inmóvil cual un muerto, imitación viva de figuras de cera, cruel ejemplo de molicie inferior, una pobre chiquilla que pudiera ser graciosa si se moviese, si abriera los ojos, si no estuviera momificada; una lamentable chiquilla, hija del sol y de la arena, inspira miedo y piedad. Es una bailadora extenuada. Sus hermanas, algo mayores y de mayor resistencia, van á redoblar la actividad de sus cuerpos.

Porque á esa hora justamente, cuando las torres toman formas espectrales, y las lámparas eléctricas bañan el espacio con su lívido claro de luna; cuando la «cosa

siniestra» que angustió al rey David principia á pasearse por las sombras; á esta hora, ellas, las evocadoras de rítmicos pedacitos, las que funden con sus fuegos el hierro de las fuertes voluntades, las elegidas de la suprema catalepsia, las rosas cárdenas del rosal venéreo, se multiplican y lo llenan todo.

Sus reclamos sordos, en los cuales hay acentos de queja y rumores de animalidad en celo, hacen palidecer á los hombres y turban para siempre las almas de los adolescentes que pasan. «¡Já-lá lá-lá lá!»

Las alas pesadas de la voluptuosidad exótica puebla el aire de palpitations brutales. En la sombra, el Terror y el Deseo forman un abismo irresistible. Já-lá lá lá-lá!

*
**

¡Y pasan las horas! Monótona la danza continúa entre ruido de tamboriles y estrépito de collares sacudidos. ¡Y dan las doce! Poco á poco, las luces del jardín mueren después de parpadear. El teatro egipcio y el palacio turco, la calle de Argel y el barrio de Túnez, enmudecen.

Las hijas de Salomé, unidas en rebaños multicoloros, caminan deprisa por la avenida que conduce á los suburbios baratos de la ciudad. Detrás de ellas va la Celestina. ¿Van á descansar sin duda?...

No. Allá, en el otro extremo, en habitaciones bajas, otras alfombras las esperan. Una para cada una y junto á la alfombra un candil. Ha llegado el momento de la

danza secreta que dura pocos minutos y que termina convulsivamente entre brazos crispados ó decrepitos.

Para pagarlas, los Herodes modernos entregan, en un minúsculo disco de oro, el perfil de un Bonaparte.

VII

EL PRESTIGIO VOLUPTUOSO

DE LAS SEVILLANAS